

San Francisco y sus discípulos en la poesía italiana

(Capítulo del libro "El Cristo de la Edad Media").

— I —

El idioma italiano, como todas las lenguas romances, es una derivación del latín. Lengua armoniosa y dulce, llena de suavísimas cadencias que llegan casi a la voluptuosidad debido a la predominancia de vocablos. Se puede decir que es la lengua casi exclusiva de la poesía y el canto. De ahí que cuando úno oye hablar el italiano, especialmente de labios femeninos, siente la impresión de asistir a un diálogo de ruiseñores.

A la caída del Imperio romano la lengua latina sufrió una gran decadencia, y aparecieron entonces un sin número de dialectos de los cuales el más perfecto era el toscano que, como el dialecto de Castilla en España, y el de "oil" en Francia, vino a formar con el tiempo la lengua nacional.

La irrupción de los bárbaros en el siglo X dio al traste con la gran civilización de griegos y romanos y dio así mismo origen a la era conocida en la historia con el nombre de Edad Media que se extendió propiamente hasta la toma de Constantinopla por los turcos, en 1453, quienes restablecieron, en parte, la civilización europea.

Con todo eso, la Edad Media tuvo una gran influencia en el desarrollo de la lengua y de la literatura italianas de la misma manera que la tuvo en otras naciones europeas. Fue el tiempo de las Cruzadas, de las conquistas y del feudalismo que fueron otros tantos motivos de inspiración para los poetas, para los músicos y para los pintores.

Tres focos principales contribuyeron al desarrollo de la literatura italiana en la Edad Media: Sicilia con su famosa academia de Palermo, donde brillaron Pietro de la Vigne y Jacopono di Lentino; la Umbría, con San Francisco de Asís y sus discípulos, y esta fue la época de los trovadores; la tercera fuente aparece en la Toscana, cuya

capital, Florencia, es la cuna de los más grandes genios de Italia.

La poesía vivía en el corazón del pueblo italiano; la había aprendido en su propia fuente; sus poetas habían cantado las hazañas de sus héroes, las virtudes de sus santos, y las habían esculpido en dísticos latinos sobre las toscas piedras de las catacumbas y sobre los mármoles de sus monumentos.

Los bárbaros habían pasado por Europa como un huracán desencadenado arrasando y destruyendo ciudades, pero dejaron intacto el tesoro espiritual y artístico que guardaban con religioso esmero los cristianos. Estos, llenos de fe y de esperanza, y como para hacer un contrapeso a las invasiones bárbaras, se extendieron por toda Europa sembrando en dondequiera la fe en una vida futura, y a la vez regaron la semilla de las artes y de la literatura. Sus creencias, basadas en el Dogma divino, no estaban reñidos con las artes, antes al contrario, eran su complemento y la manifestación sensible de aquel sentir espiritual y artístico que alimenta el corazón a modo de una eucaristía. Por eso esas manifestaciones fueron religiosas y artísticas: un bautisterio, un templo y un cementerio. El bautisterio significa la portada por donde entra el hombre a la vida espiritual. Por eso debía ser artístico y de mármoles blancos para indicar la perfección de vida y la pureza de aquel que aspira a una vida supraterránea. El hombre necesita recogerse íntimamente para hablar con Dios y para eso busca la soledad, nada más a propósito que el templo. Surgen entonces al calor del entusiasmo cristiano grandiosos templos artísticos, magníficamente decorados, con motivos bíblicos donde condensaron toda una poesía que durmió durante siglos en la penumbra mística al lado de los empolvados mausoleos y de las viejas inscripciones latinas. El hombre, viajero emigrante, caerá algún día bajo la guadaña de la hermana muerte como el roble bajo el ala de los huracanes, pero no irá como vencido sino como el héroe que se siente fatigado y busca la sombra amiga de los sauces para reposar mientras viene la hora de las revaluaciones. El cementerio es la sala de espera donde se toma el tren para la otra vida. De ahí los monumentos bíblicos de que está adornado, ese simbolismo religioso y poético que impregna el alma de cosas futuras. Otro tanto sucedió en las catacumbas que son otros tantos cementerios o dormitorios donde el

cristianismo desarrolló toda una fuente de poesía que permaneció por muchos siglos absorta en la penumbra esperando el "fiat lux" de los poetas.

Muchos factores contribuyeron a formar la poesía italiana. Por un lado las Cruzadas, y el feudalismo; por otro los trovadores y sus damas; de un lado los monumentos romanos y el paisaje y el cielo italianos siempre convidando al ensueño; por otro la inspiración oriental. Grecia, Arabia, la India, enviaban constantemente sus efluvios de inspiración a todos los confines del planeta, e Italia fue la primera en inspirarse en los modelos griegos, los sicilianos cantaron al calor de la inspiración árabe. Y siguiendo esos modelos Federico II, a pesar de sus desórdenes morales, dio una gran importancia a la poesía, y él mismo compuso algunos cantares imitando a los trovadores. Pero esta poesía fue degenerando en una especie de idolatría a la mujer hasta llegar a la sensualidad en Boccaccio.

Casi en cada provincia italiana se hablaba un dialecto más o menos sonoro, pero el latín era una lengua común hasta para el pueblo iliterato. Por eso los famosos himnos de San Ambrosio y San Gregorio no sólo resonaban en los templos sino en las casas particulares, y los mismos campesinos en la arada abrían el surco al són de dísticos latinos. Esto no es de sorprender, pues durante los siglos XI, XII, y parte del XIII, el latín fue hablado en casi toda Europa.

— I I —

La poesía tiene sus fuentes de inspiración en el amor, el heroísmo y la religión, pero todas se condensan en una sola: el amor. El amor colmó los claustros de vírgenes y los desiertos de anacoretas; el amor arrastró a Pedro el Ermitaño a recorrer la Europa predicando las Cruzadas con voz de profeta; el amor mismo forjó santos y poetas que con sus divinas antorchas prendieron el fuego en el corazón mismo de los pueblos bárbaros; el amor incendió el alma de Pablo, la mente de Agustín y el corazón de Francisco de Asís; Cristo en la cruz fue la hoguera de amor por excelencia, donde santos y poetas han caldeado su inspiración. Por eso la poesía de Francisco es un vivo reflejo de aquella hoguera divina prendida en la cumbre del Calvario.

El amor tiene divisiones y subdivisiones, pero siempre tiene un principio y un fin comunes, Dios. Naturalmente

no hablo del amor degradado, de aquel que tiene por base las pasiones bajas del animal racional, ni del amor pagano que tuvieron los griegos que, aunque los condujo a grandes concepciones artísticas, los dejó siempre encadenados a la materia. Hablo de aquel amor a la naturaleza que remonta el corazón y la inteligencia a Dios. Así fue el amor del poeta de Asís. Nosotros no podemos comprender cómo puede ser ese amor porque somos demasiado profanos y muy egoístas para salir de nosotros mismos a analizar las cosas maravillosas que nos rodean, por eso no sabemos cómo dialogan los astros con las flores y las fuentes, ni podemos comprender cómo se establece la relación de amor entre las cosas creadas y el Ser supremo.

Demos ahora un vistazo a la Umbría, que según expresión de Renán, es la Galilea italiana, con sus valles tapizados de verdes viñedos, olivos, trigales, flores y fuentes; con sus acariciadoras colinas donde se irguen aún los vigilantes y legendarios castillos feudales, cuna de mil leyendas románticas; con sus maravillosos paisajes y su cielo singularmente bello fue la cuna del gran San Francisco de Asís, alma selecta, delicada y pura que influyó tanto en la moral y en la poesía italiana.

Francisco fue suficientemente instruido en el latín para leer los clásicos, fue, además, bien leído en la literatura de su época y hablaba el francés con mucha corrección, y gustaba cantar en esta lengua. Por su gallarda apostura, su amor al arte, sus rasgos de gran poeta, se atrajo el amor de los jóvenes de gran mundo quienes lo apellidaban el rey de las fiestas, la flor de la nobleza asisiense. Mas Dios quiso hacer de esta alma noble y pura un caballero del cielo. Y en efecto, de un modo maravilloso vino a ser el Heraldo del gran Rey. Francisco entonces, al arrancarse de las sienas la corona de rosas que el mundo mismo le había ceñido, siente que en su alma surge toda una primavera colmada de perfumes, de cantos y de flores.

Al dar de mano al mundo no abandonó la lira que llevaba en el corazón, antes bien, sus cuerdas se templaron más al calor de la inspiración divina. Ya entonces pudo descifrar mejor el libro de la naturaleza y ponerse más en contacto con ella, por eso muchas veces se extasiaba ante una flor; llamó hermanos a todas las criaturas; apartaba del camino al pobre gusanillo para que los transeúntes no lo

hollasen; dialogaba con las aves; lloraba al oír cantar un ruiseñor; en las noches silenciosas leía las glorias del Señor en los innumerables astros. Amó la naturaleza, no por mero placer ni por la simple afección del poeta que sólo busca en ella una chispa de inspiración, sino con el amor de los santos que saben hallar en las cosas misterios profundos y lecciones sublimes que ponen el alma en directa comunicación con Dios mediante un hilo invisible de amor.

— I I I —

A la aparición de San Francisco el romance italiano ya estaba casi totalmente emancipado del latín. Había todavía muchos dialectos, pero aquel de la Umbría, después del toscano, era el que más se prestaba para la poesía. Francisco cantó y predicó en esta lengua, en ella escribió su dulce e inspirado "Cántico de las criaturas", escrito en 1225, cuando el Santo se hallaba enfermo de los ojos en el convento de S. Damián. Todavía en este pequeño convento se conserva un jardincito y un pretil de piedra desde donde el Santo se hacía a contemplar el valle de Umbría con sus prolíficos viñedos y toda la gloria del sol que se ocultaba tras las siluetas de las colinas lejanas. Allí fue donde el seráfico poeta compuso su Cántico de las criaturas que después se llamó el Cántico de sol. Es un poema corto, escrito con sencillez, sin ambiciones retóricas, y aunque no está sujeto a rima, hay en él una música suave, dulce como la misma lengua en que está escrito. Oid cómo empieza el Santo su poema:

"Altissimu onnipotente bon Signore
tue son le laude, la gloria e l'onore
e onne benedictione.
A te solu se confanno,
e nulo omo é dignu de te mentovare".

Permitidme ahora que continúe este canto en español aunque pierde mucho su gracia y dulzura, pero quiero que os déis cuenta del amor y del grado de inspiración con que cantaba San Francisco:

"Loado seas, mi Señor,
por todas tus criaturas,
especialmente por el hermoso sol

que hace el día y por él nos alumbras,
y él es bello y radiante con gran esplendor;
de tí, oh Altísimo, lleva significación.
Loado seas, mi Señor,
por la hermana luna y estrellas;
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.
Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire y nublado y sereno y todo tiempo,
por los cuales a tus criaturas das sustento.
Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta”.

.....

En fin, para no cansaros, quiero suspender este canto aquí, pues es suficiente para dejar en el alma una profunda idea de lo que era la inspiración de aquel poeta endiosado. Para él toda la naturaleza era un libro abierto lleno de las más sublimes y consoladoras ideas. Era tanto el amor a las criaturas que deseaba que en cada convento el hermano hortelano destinara un rinconcito del huerto para cultivar algunas flores para que con sus matices y perfumes estuvieran cantando siempre las glorias del Señor.

— I V —

Formados en la misma escuela de Francisco, sus compañeros escribieron también hermosos poemitas que la literatura italiana ha recogido como joyas de la lengua. Entre otros sobresalen fray Giacomino de Verona con sus dos poemas, el *Infierno* y el *Paraíso*, escritos en dialecto veneciano pero que contribuyeron mucho al enriquecimiento del romance italiano y vinieron a ser, sin duda, la iniciación de la Divina Comedia. El Beato Hugo Panziera escribió también varios cantos llenos de místico amor atribuidos por mucho tiempo al mismo San Francisco, particularmente aquella poesía que empieza:

“In foco l’amor mi mise,
in foco l’amor mi mise,
il mio sposo novello
quando l’anel mi mise”, etc.

Pero los que más sobresalieron por aquel tiempo entre los compañeros y discípulos de San Francisco fueron fray

Pacífico, llamado en el mundo el Rey de los versos. Cuando entró en la Orden, el mismo San Francisco le mandó que siguiera escribiendo, que siguiera tañendo la lira porque era cuando más debía sentirse poeta. Entre los poetas franciscanos del siglo XIII el más popular es, sin disputa, Jacopone de Todi, autor del “Stabat Mater”, si no es la más bella, sí es una de las más bellas elegías latinas escritas en honor de la Santísima Virgen.

La vida de este poeta tiene muchos puntos de contacto con la de San Francisco. Su vocación tuvo lugar con un acontecimiento curioso. Casado con una muchacha noble y bella, a poco tiempo de su matrimonio asistían los dos a una fiesta de nobles, cuando de repente, la delicada esposa se desmaya. Jacopone la toma entre sus brazos, la pasa por entre la multitud, quiere desatarle los vestidos pero ella no lo permite hasta hallarse solos. Cuando Jacopone logró su intento ella expiró. Encontró entonces con asombro, que el cuerpo delicado y puro de su esposa estaba cubierto de un áspero cilicio. Aquello revistió todos los aspectos de una tragedia que en plena Edad Media debió causar una honda emoción en el alma del poeta. Desde entonces se entregó a una vida piadosa, y como San Francisco, fue tenido por loco. Ingresó en la Orden en 1278. Era abogado, su juventud fue disipada, los jóvenes lo hicieron el centro de sus fiestas. Después de su conversión siguió escribiendo versos, pero ya llenos de profundo misticismo y saturados de sentimientos bíblicos. Si hubo algún romántico en el verdadero sentido del vocablo, fue este poeta franciscano que supo trazar con mano maestra el delicado y profundo sentimiento de una madre que asiste a las agonías de su hijo enclavado en la cruz. Muchos de los poemas de Jacopone parecen cuadritos de acuarela, pero con un hondo motivo filosófico donde encerraba toda una enseñanza para vivir bien. Dice en su canto a la pobreza:

“La pobreza, alta ciencia de poseer despreciando: cuanto más baja en sus aspiraciones, más gana en libertad”.

“La pobreza es no tener nada, no poseer nada, conceputarse vil y reinar con Cristo después”.

Aquí tenéis toda la filosofía de la vida condensada en dos estrofas que hacen recordar a Kempis.

Tomás de Celano es otro poeta que ciñe también la cuerda de Francisco. Hombre dotado de una vasta erudi-

ción, es considerado como uno de los más grandes poetas, no de la Orden seráfica, sino del cristianismo. Entre otras odas que compuso en lengua latina, sobresalen dos secuencias, la de San Francisco que empieza "Sanctitatis nova signa" y la de la misa de difuntos:

"Dies irae, dies illa
solvat seclum in favilla,
teste David cum sybilla".

Es el himno más sublime con que la Iglesia despide a los mortales cuando éstos emprenden su viaje en su barca negra con rumbo a la eternidad. Vosotros, cuando habéis asistido a una misa de requiem lo habéis sentido resonar en las bóvedas del templo como una trompeta apocalíptica, como una voz profética que conmueve hasta las más hondas fibras del corazón.

La inspiración del poeta no tomó un hecho aislado de la vida humana, sino que cantó todas las faces de la vida del hombre en su dolorosa peregrinación por el mundo hasta más allá de los umbrales eternos. Esta oda puede ser comparada con una lamentación del profeta Jeremías. Parece que en ella estuviera condensado todo el sentimiento del pueblo de Israel.

Y en vez de cantar en lengua italiana escogió el latín por ser una lengua más varonil y robusta, más a propósito para expresar las sublimes escenas del Juicio final, aquel día de ira cuando el mundo se convierta en pavesas, cuando los mortales se presenten temblando ante el Juez venturo para hacer un estricto escrutinio de todo.

Están tan bien traídas las palabras, tan sonoras, tan bien ordenadas como una trompetería del otro mundo que resuena en la región de los sepulcros para congregar a todos los mortales a juicio.

"Tuba mirum spargens sonum
Per sepulcra regionum,
Coget omnes ante thronum".

No puede ser más completa, más patética y sublime la descripción que hace de la muerte misma a la aparición del Juez supremo:

"Mors stupebit, et natura,
Cum resurget creatura,
Judicanti responsura".

"La muerte y la naturaleza se pasmarán cuando surjan las criaturas para responder al Juez".

En seguida el poeta hace una descripción terrífica del momento en que será leído el libro de la vida de cada uno, es decir, la conciencia donde estarán las obras de cada cual, para ser juzgado por ellas mismas. Porque en aquel trance, ante aquel Juez, nada quedará oculto, todo aparecerá patente.

"Judex ergo cum sedebit,
Quidquid latet, apparebit,
Nil inultum remanebit".

Después de hacer esta viva descripción del escenario donde aparecerán los hombres para ser severamente juzgados, entra el poeta como en una segunda parte de su canto, a suplicar al Rey de tremenda majestad que salve a la pobre alma ya que El mismo es la fuente de piedad; ya que El mismo vino a encarnarse; ya que perdonó a la Magdalena, y dio al buen ladrón el Paraíso:

"Qui Mariam absolvisti,
Et latronem exausdisti,
Mihi quoque spem dedisti".

"A mi también me diste esperanzas" del perdón, aunque hubiera tenido más pecados que la Magdalena y más crímenes que Dimas, el ladrón que expiraba a tu diestra en la misma cumbre del Calvario.

La poesía de Tomás de Celano, amén de su profunda inspiración, es una poesía de un hondo sentido teológico, eco visible de la influencia de las universidades de aquella época medioeval.

El cristianismo puede enorgullecerse de poseer la oda más sublime que se haya escrito en lengua humana, porque en ella habla el poeta de dos hechos trascendentales y únicos en la vida del hombre: su peregrinación por este mundo, y los destinos de su alma con relación a Dios.

San Buenaventura no sólo fue filósofo y altísimo teolo-

go sino también poeta inspirado. Los graves estudios teológicos no le eclipsaron la inspiración poética.

Este gran maestro de la Universidad de París hizo resonar su lira con los más inspirados cantos divinos, que no son otra cosa la Suma Teológica y la Leyenda de San Francisco. En la Leyenda se mostró como un poeta fino y delicado. Por él han llegado hasta nuestros días aquellos pasajes del diálogo de San Francisco con las aves, y el de las alondras que se posaron sobre el techo del convento para cantar mientras Francisco agonizaba. Como buen hijo del Poverello de Asís bebía su inspiración en las llagas de Cristo, por eso sus escritos son tan hondamente místicos, como su "Itinerario de la mente en Dios" donde la mística más pura y angelical se diluye en un suave ambiente de poesía que es más para sentirla que para explicarla. Fue a la vez un poeta simbolista. Como tal se mostró en su obra "Las seis alas del Serafín", inspirada en la impresión de llagas al humilde Francisco. Libro escrito en las cumbres del monte Alvernia, donde había tenido lugar tan conmovedora escena. San Buenaventura para escribir este libro se retira a las soledades de aquellas rocas que habían presenciado la impresión de las llagas y allí, en un íntimo consorcio con la naturaleza, entra a meditar sobre las cosas que lo rodean, y entonces ve en las agrestes rocas, en las cascadas limpias que se deslizan por entre los frescos helechos, en el rayo de la luna que baja tembloroso a columbiarse en el cáliz virginal de una flor, en el canto de los ruiseñores, en fin, en todas las criaturas ve otras tantas alas que remontan el espíritu a la unión íntima con Dios.

He dicho que San Buenaventura fue también un poeta simbolista, pero no en el sentido decadente de Paul Verlaine y Stéphane Mallarmé, pues para estos poetas la imagen debe huir cuanto se pueda de la claridad, y sólo dejarse apenas entrever a través de un velo, para producir de esta manera ideas vagas, como las producidas por una música distante y nocturna.

En el poeta franciscano la idea es ante todo inteligible y diáfana, como las mismas fuentes de su inspiración, de suerte que para él símbolo no es un velo que viene a encubrir la idea, sino un medio de hermosearla dándole más gracia y novedad.

Como verdadero franciscano fue enamorado de la San-

tísima Virgen, a la cual le dedicó himnos y cantares de exquisito sentimiento, donde compara a la Madre de Dios con las rosas más puras y los lirios más blancos que la mente humana pueda concebir. Con sentimiento poético introdujo en la Iglesia la bella costumbre de rezar el Angelus. Dulce plegaria, universalmente extendida en el orbe católico. Bello y poético modo de saludar a la Reina celestial cuando cesan los afanes del día, cuando las sombras de la noche caen como un sopor de adormidera sobre el alma de las cosas. Esto no podía nacer sino en un corazón de poeta, y de poeta endiosado como San Buenaventura.

Dante es también un poeta franciscano, no sólo por haber ceñido la cuerda de terciario, sino por su espíritu, por su amor a San Francisco, al cual le dedicó todo el canto XI del Paraíso de su Divina Comedia. Y, aunque los críticos nada dicen sobre el particular, Dante se inspiró en dos poemas, el *Infierno* y el *Paraíso*, como dije antes, en dialecto veneciano por Fray Giacomino de Verona. Es imposible creer que Dante, tan recorrido y tan leído no hubiera tenido en sus manos aquellos poemas que sin duda eran recitados por los trovadores como era costumbre en la Edad Media.

Doña Emilia Pardo Bazán dice a este propósito: "Giacomino de Verona, es el indudable predecesor de Dante. Sus ignorados poemas contienen no pocos rasgos fundamentales de la Divina Comedia, y esto prueba una vez más que el genio no nace por generación espontánea, sino retoñando de antiguas raíces".

Dante es como el eslabón que une dos grandes épocas en la literatura. De un lado se despide la Edad Media con sus lenguas en formación; su literatura bella y fresca; sus torneos; sus juegos florales; sus caballeros de la *table ronde*; sus parvadas de trovadores legendarios; sus castillos soñadores y sombríos; sus héroes reales o fantásticos; y sus monjes intrépidos y místicos. Del otro, surge la Edad Moderna con una fiebre incontenible de estudiar los clásicos de la antigüedad literaria y artística. Roma y Atenas que habían estado tanto tiempo dormidas y casi muertas, ahora nacen de nuevo en la mente de los poetas, de los artistas y de los científicos. Por eso esta época toma el nombre de Renacimiento. Si en la Edad Media los poetas cantaron la belleza espiritual del cristianismo, los del Renacimiento

no hicieron sino cantar en torno de Venus la glorificación del sensualismo. Ahora los poetas, inspirados en la mitología griega, coronados de pámpanos, cantan al calor del vino de Chipre, y no se inspiran en el paisaje que los rodea, sino que prefieren internarse en los parajes nemorosos de la Grecia antigua para sorprender un sátiro que asecha a alguna ondina al bordé de un estanque, o a Pan que soñoliento ensaya su flauta de caña mientras los blancos cisnes peinan su nevada pluma.

Dante, colocado en medio de estas dos grandes edades, siente de un lado la influencia del escolasticismo y sigue las huellas del gran santo Tomás de Aquino; pero del otro lado inicia el Renacimiento e imita a Virgilio. Interpreta el sentimiento religioso del pueblo medioeval y el ambiente de las Universidades de la época y escribe su Divina Comedia sin desprenderse de la idea caballeresca de su tiempo, pues canta a su Dios, pelea por su patria, y defiende su fe llevando siempre el corazón henchido de amor y la mente fija en la señora de sus pensamientos, Beatriz.

Cuando Dante escribió la Divina Comedia, todavía resonaban en los oídos del pueblo las pláticas celestiales de los monjes franciscanos, que con encendido celo, exhortaban al pueblo a dejar los vicios y seguir a Dios mediante la consideración de una vida futura de eternos goces, o de eternos e indescriptibles padecimientos. Por eso cuando habla del infierno parece que no hiciera sino repetir el eco profético de aquellos santos apóstoles:

“Per me si va nella cittá dolente,
per me si va nell’ eterno dolore,
per me si va tra la perduta gente.

Giustizia mosse il mio alto fattore;
fecemi la divina potestate,
la somma sapienza, e il primo amore.

Dinanzi a me no fur cose create
se non eterne, e io eterna duro:
Lasciate ogni speranza, voi ch’entrate”.

(*El Infierno*, canto III).

Parece que en estas estrofas resonara de nuevo la lira

apocalíptica de Celano y Jacopone de Todi. La descripción que hace del lugar de los eternos tormentos después de haber recorrido la selva oscura donde se había perdido, “camino que conduce a la ciudad doliente”, llega a la entrada del infierno donde ve la terrible sentencia escrita en el dintel con caracteres negros: “Los que entráis por esta puerta, dejad toda esperanza”. Mas Dante continúa entrando a aquel lugar de eterno dolor animado por su Maestro y guía, cuando de repente vio a lo lejos el Aqueronte o río del dolor, de aguas turbias y espesas. Y vio asimismo un anciano cubierto de canas que venía hacia ellos gritando: “¡Ay de vosotras, almas perversas! No esperéis nunca ver el cielo”. “Guai a voi, anime prave! Non isperate mai veder lo cielo!”

En estas breves líneas que he entresacado al acaso, sin pujos de análisis, hay toda una serie de pensamientos profundos que se van alma adentro para sumirla en serios y profundos pensamientos sobre los misterios de ultratumba. Pero al lado de estos terribles pensamientos que hacen temblar al hombre más despreocupado, se destacan los de la Gloria pintados con hermosos y vivos colores y basados en la más alta teología. Describe la Gloria con visión seráfica. La gloria de Aquel que todo lo mueve, “que se difunde por el universo, y resplandece en unas partes más que en otras”. Y, como San Pablo, se siente incapaz de describir esa gloria, y aun parece que repitiera las palabras del mismo Apóstol: “Quoniam raptus est in paradysum, et uauit arcana verba quae non licet homini loqui”. (Corintios, XII).

Dante dice también que estuvo en ese paraíso donde vio cosas que no puede referir con lenguaje humano:

“Nel ciel che piu, della sua luce prende,
fu’io, e vidi cose che ridire
ne sa, ne puo chi lassu discende”.

(*Paraíso*, canto I).

Y a la manera de San Francisco y sus compañeros, pulsa con predilección la cuerda del amor:

“O gioia! O ineffabile allegrezza!
O vita integra d’amore e di pace!
O sanza brama sicura ricchezza!”

(*Paraíso*, canto XXVII).

Esa posesión íntegra del eterno Amor de que hablaba San Francisco es lo que quiere Dante, esa es la que da la alegría inefable, porque es una riqueza segura, sin ambiciones.

Lo que hace a Dante muy discípulo del Poverello de Asís es la llama de amor que perennemente llevó encendida y la hizo fulgir en todas las páginas de su obra inmortal que coronó como debía coronar una obra en que se siente el aliento seráfico, con un canto a la Reina celestial.

A la formación del romance italiano y al desarrollo de la hermosa literatura italiana, contribuyeron, pues, los centros literarios de Sicilia apoyados por la brillante corte de Palermo a la sombra de Federico II, quien impulsaba las letras con la oportuna fundación de una Academia de cuyos claustros salieron inspirados poetas que pronto inundaron con sus cantos casi toda la península italiana. Además, el foco místico-poético de Umbría encabezado por San Francisco y sus compañeros, que a la manera de una bandada de místicas alondras recorrieron la Italia haciéndola estremecer de emoción con su poesía celestial. Luego aparece Dante, y, con genial inspiración, escoge lo mejor de todos aquellos dialectos y forma la lengua italiana y crea, de paso, la unidad de su patria.

Me atrevo, pues, a decir, que si en la literatura italiana, Dante es el creador de la epopeya, Petrarca, del lirismo, y Boccaccio el padre de la prosa, San Francisco y sus compañeros lo son de la bella literatura mística que tanto realce ha dado aún a las mismas obras de Dante, Tasso y Ariosto.

La influencia que San Francisco tuvo en la poesía italiana no fue solamente por sus bellos poemitas escritos "e balbettate nella prima favella itálica", sino por su vida que fue toda un poema. Fue poeta cuando pasó ricamente vestido y coronado de rosas por las calles de Asís, lo mismo que cuando se presentó en esas mismas calles confundido con los pobres comiendo el duro mendrugo de limosna. Fue poeta cuando abrazó al leproso para besarle las llagas; fue asimismo gran poeta cuando bajó del monte Alvernia convertido en otro Cristo. Llega a las altas ternuras de la poesía cuando comienza a contemplar en todas las criaturas de la naturaleza otros tantos hermanos que deben levantarse hasta Dios convertidos en un himno de amor. Por eso un día que iba de camino a través de una selva, viendo que unos pajaritos se reunían en un paraje en apretada multi-



Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Antonio Caballero y Góngora

(Arzobispo y Virrey de este Nuevo Reyno de Granada)

Fundó en este Colegio Mayor la Real Expedición Botánica y nombró para Director de ella al maestro doctor don José Celestino Mutis, Colegial y Catedrático perpetuo en este Claustro.

(De autor desconocido)

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

tud, se detuvo para hablarles en estos términos llenos de poesía: "Hermanitos míos, vosotros debéis bendecir a vuestro Creador, y debéis amarle siempre, porque él os ha dado todo lo necesario, plumas para cubrir vuestros cuerpos y alas para volar. Verdaderamente, Dios, os ha hecho grandes bienes dándoos el aire puro para vuestra morada. Vosotros no sembráis pero sí cosecháis sin trabajo. El os protege y os hace vivir".

Dice la leyenda que mientras el santo les hablaba, los pajaritos, como dándose cuenta de aquel prodigio, extendían las alas, alargaban los cuellos, abrían los picos, revoloteaban en torno, le rosaban la túnica, y se detenían sobre los hombros del poeta llagado para cantar dulcemente. Y todos se marcharon cuando el santo les impartió la bendición.

Desde entonces hizo Francisco el propósito de repartir el pan espiritual aun a los seres irracionales, ya que estos pajaritos habían escuchado con tanto respeto la palabra de Dios. Y de esta manera llegó a tener tanto dominio sobre ellos, que llamaba a las cigarras y ellas venían a cantar en la mano. Amansó al lobo carnicero de Gubbio. Ordenó a unas golondrinas vocingleras que callaran mientras él predicaba, y las golondrinas guardaron profundo silencio con admiración de los oyentes. Puso en libertad unas palomas que un campesino llevaba al mercado. Y un día que el santo tomaba su modesta cena en compañía de uno de sus discípulos, dos petirrojos, macho y hembra, se posaron en la mesa para recoger algunas migajas. Francisco se regocijó al verlos, y, acariciándolos a su modo, les ofreció más pan para sus polluelos. Eran quizá los últimos días de otoño, cuando, una mañana, se presentaron los dos pájaros con sus hijuelos, y después de revolotear por el claustro se marcharon dejando allí a sus pequeñitos como un recuerdo, como un signo de agradecimiento al santo. Los dos jóvenes petirrojos crecieron a la sombra de los frailes, y se domesticaron tanto que venían a cantar a la mano, y vivían libres en la paz del convento no como huérfanos, sino como dos hermanitos de Francisco.

Francisco fue poeta en todos los momentos de su vida, pero un poeta endiosado que aplicó muy de cerca el oído para oír las raras armonías de la naturaleza con su Creador. Para él una flor no era simplemente un adorno para recreo del hombre; era una voz perceptible de la natura-

leza que se levantaba al cielo convertida en perfume, en pétalos y en colores.

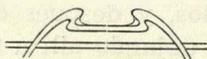
Tan rara es la vida de este hombre extraordinario, que a veces trata como de esfumarse su personalidad en las sombras de la leyenda, pero nó; este personaje medioeval es de lo más real y auténtico que puede presentarnos la historia.

Rousselot al hablar de San Francisco dice: "Parece, por su sencillez, una criatura nueva, y que ha vuelto a encontrar, si no el poderío de Adán inocente sobre el mundo de los cuerpos, al menos esotro que es más precioso, el amor ingenuo de toda la naturaleza, una simpatía tan fresca y llena de admiración como si él fuese el primer hombre". (Christus, página 1006).

De ahí que la poesía de Francisco y sus compañeros, sencilla y pura, libre del complicado tecnicismo moderno, hubiera caído como un rocío refrescante sobre el alma de la Edad Media para purificarla y acercarla a Dios.

Y a la manera de los trovadores que iban de pueblo en pueblo, de castillo en castillo cantando sus trovas, también aquellos trovadores de la cuerda nudosa atravesaron las campiñas de Italia sembrando en dondequiera con sus cantos la fe, la esperanza y el amor.

ENRIQUE AGUILAR, O.F.M.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico